

se relaciona sin duda con la imagen de Augusto antes mencionada, y es nuevo testimonio del culto tributado en Mérida á los Augustos.

Tales son, aparte de otros hallazgos, los que se han logrado en las excavaciones, las cuales nos revelan de modo bien singular que el teatro emeritense era por su magnificencia digno de Roma.

Madrid, 10 de Enero de 1913.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

---

#### IV

### RELACIONES ENTRE ESPAÑA É INGLATERRA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO II (1)

Crece cada día, y se enriquece por momentos, la Bibliografía de nuestra guerra de la Independencia, como es natural, tratándose de período interesantísimo, el más interesante acaso de nuestra historia contemporánea, y de tanta influencia, y tan reciente, en la vida de la Europa entera durante el siglo anterior; y de todo ese extraordinario movimiento puede encontrarse amplia noticia en el trabajo bien conocido, tal vez el último suyo, del malogrado jefe de nuestro valiente Ejército Sr. Ibáñez Marín. Francia é Inglaterra aportan constantemente muchos y variados trabajos á este rico caudal; la primera como cuna que fué—la reciente anexión de la Córcega había hecho franceses á los Bonapartes—del improvisado César, é instrumento por ende de la maravillosa epopeya napoleónica; la segunda como su mortal enemiga, que al fin y al cabo lo llevó vencido y despojado á la roca de Santa Elena. Alemania y Portugal tienen también en esa

---

(1) Impreso en Madrid, en la imprenta de la *Revista de Archivos*, Olózaga, 1, en 1912.

extensa galería papel principalísimo, que siguen de más lejos los restantes países europeos, y no es por cierto el último sitio, ni cosa que se le parezca, el que toca á la contribución prestada por las letras y la erudición españolas á sucesos tan singulares, como que es bajo nuestro cielo donde empieza á palidecer la estrella refulgente del conquistador victorioso; no siendo para omitido que es todo ello gala y orgullo justos de nuestra Academia de la Historia, pues que el nombre que primero viene á los labios es por fuerza el de nuestro insigne compañero, el autor respetado de la *Historia Militar de España de 1808 á 1814*, el General D. José Gómez de Arceche, de tan grato recuerdo entre nosotros, sin que sea posible dejar de cerrar esa larga enumeración con otro nombre ilustre de colega nuestro, por fortuna viviente—y séalo por largos años, como el interés de estos estudios demanda y solicita de Dios nuestro cariño, —el jamás fatigado D. Juan Pérez de Guzmán, *el veterano de la cultura*, como en aquel estudio Ibáñez Marín con tanto acierto lo califica.

---

A ocupar un puesto preeminente en esa importante Bibliografía viene ahora el libro del Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, dignísimo Embajador actual del Rey de España cerca de Su Majestad Británica, libro titulado *Relaciones entre España é Inglaterra durante la guerra de la Independencia, Apuntes para la Historia diplomática de España*, de que acaba de ver la luz pública el tomo II. Por una grandísima desgracia, que hoy lloramos como el primer día, tócame á mí daros alguna idea de lo que es este tomo; os la dió del anterior, como él sabía hacerlo, nuestro sentido compañero Rodríguez Villa, quizás en el penúltimo trabajo de su laboriosa pluma, que el último fué sin duda el que consagrara su afecto á dar cuenta en nuestro BOLETÍN de la aparición del tomo IX de mi *Historia Genealógica y Heráldica*. Conformaos, por la triste ley de la necesidad, con esta sustitución en que tanto váis perdiendo, y dejad al último de entre vosotros, puesto que el Sr. Director así lo ha querido, que os

diga brevemente lo que es, á su juicio, el tomo II de la obra del Sr. Villa-Urrutia. Afortunadamente, se trata de libro que necesita en realidad pocas presentaciones, y de autor que por sus trabajos anteriores—*Relaciones entre España y Austria, España en el Congreso de Viena*, el tomo I de los mismos *Apuntes para la Historia diplomática*—sobradamente se recomienda; y ésto limita por todo extremo mi papel y lo facilita cuanto pudiera exigir mi deseo.

Comprende este volumen, de 554 páginas en 4.º, el detallado relato de todos los sucesos ocurridos *Desde la batalla de Talavera hasta la de los Arapiles*, ó sea de 1809 á 1812, y contiene hasta trece largos capítulos, todos ellos de sabrosa, interesante y casi siempre amenísima lectura. El libro se coge y no se suelta; empezamos á leerlo y no se deja de la mano hasta llegar al último renglón; esto me ha pasado á mí, y esto os pasará de fijo á vosotros cuando queráis ó podáis daros el placer de su lectura.

Los hechos, las personas y los sucesos que ese período de tres años trata y abarca, son principalmente—por su sola enumeración fácilmente os haréis cargo de su mucha importancia:— la Embajada en España del Marqués Wellesley, el hermano mayor del Lord Wellington, y su intervención en nuestra política; la misión de Mr. Frere, con noticia de las más importantes negociaciones en que tomó parte, al cabo de las cuales, como observa con gracia el autor, hubo de figurar su propio matrimonio con una señora española (1); la rebelión de Sevilla contra la Junta Central, y como su consecuencia la traslación de ésta á Cádiz; el nombramiento del Consejo de Regencia; la intervención en los asuntos de la Península de los Gabinetes británicos,

---

(1) El Sr. Villa-Urrutia no conocía cuando escribió este casamiento, no consumado, las circunstancias de Doña Cecilia Bárbara Creus y Soler, la mujer de Bartle Frere, ni las de su padre. El D. Pedro Creus y Ximénez era Oidor de S. M. en la Real Audiencia de Sevilla, Intendente General de los Reales Ejércitos y Ministro Honorario del Consejo Supremo de la Guerra, jefe de una familia noble y antigua de Menorca, que en todo el siglo XIX ha figurado con distinción en la diplomacia. Véase la obra *Varones ilustres de Menorca*, por el Doctor Ramis, y en mis *Anales de la Nobleza de España*, el *Anuario* de 1886, págs. 313-318.

presididos, sucesivamente, por Wellesley, Portland y Liverpool; el socorro de Cádiz por las tropas del mando del Duque de Alburquerque, las diferencias de este Grande de España y General afortunado con la Junta Gaditana, su Embajada-destierro en Londres y su inesperada muerte prematura en aquella Corte; el precario y efímero reinado en nuestra España del mayor de los Bonapartes, ante la historia José I, con sus Ministros, su Corte, su diplomacia y su familia; la gestión de los Ministros de Estado españoles, desde Garay hasta Pezuela; la misión del segundo de los hermanos Wellesley, y su tampoco escasa intervención en aquellos momentos difíciles de la vida española; la venida á España del Duque de Orléans, el que veinte años más tarde llegó á ser el Rey Luis Felipe, y sus pretensiones á un mando militar y hasta á la Regencia de la Monarquía sin cabeza; las aspiraciones de la Princesa del Brasil é Infanta de España Doña Carlota-Joaquina, hermana mayor del desterrado de Valençay, y todas las gestiones que hiciera en su defensa el Ministro de Portugal don Pedro de Sousa Holstein; los intentos de la interesada mediación inglesa para contribuir á la pacificación de las Américas españolas, ya en los comienzos de su franca rebeldía; la Embajada del Duque del Infantado en Inglaterra y después su Presidencia de la Regencia en España; las operaciones militares combinadas de los ejércitos aliados, de que resultaron la batalla de Chiclana, la de la Albuera, la toma de Ciudad-Rodrigo, en que Lord Wellington conquistara su Título de Duque, y la de Badajoz, la batalla y victoria de los Arapiles para concluir, de que fueron venturosas consecuencias la entrada de los aliados en Madrid, el levantamiento del cerco de Cádiz, la evacuación por los franceses de Extremadura y las Andalucías, el principio del fin.

Todas estas cosas, y muchas otras con ellas relacionadas, las refiere el Sr. Villa-Urrutia con pluma siempre fácil, á veces elocuente, casi siempre sencilla y castiza. Aun á lo más sabido, y más leído anteriormente, pone algo de indiscutible novedad, que es, gracias á su personal investigación en aquellos archivos, absoluta en otras ocasiones de la bien ordenada relación. Podrá no estarse de acuerdo en muchos momentos con sus juicios, con sus

apreciaciones, con su crítica honda, hasta cuando por su forma ligera no lo parezca; podrá no pensarse siempre como él piensa de los varios protagonistas de ese período célebre y por tantas circunstancias complejo y obscuro; pero la complacencia en la lectura, el interés con que se avanza en ella, el pesar con que se termina, no ceden un punto.

La pintura de los personajes, nacionales como extranjeros, es tan acabada, que nos parece, hasta cuando se presenta de ellos una corta silueta, haber estado en íntimo trato y comunicación frecuente con cuantos en aquellos sucesos intervinieron y figuraron en primer término en aquellos días memorables. Yo no acabo de creer que muchos de ellos fueran de todo punto como el Sr. Villa-Urrutia los pinta, pero de todos modos me he deleitado grandemente con la pintura: lo mismo los altos personajes, los de primer relieve y magnitud, que los sujetos episódicos y menudos, unos con detallada pulcritud, otros con una borrosa pincelada, todos resultan vivos bajo su pluma. Los tres hermanos Wellesley, los Duques de Alburquerque y del Infantado, el Conde del Montijo, siempre inquieto, D. Pedro de Sousa Holstein, el futuro Duque de Palmella en Portugal, los dos aventureros, disfrazados de Barones, Agra y Kolli; Ruiz de Apodaca, después Virrey de la Nueva-España y primer Conde del Venadito, los ministros del Rey Intruso—Cevallos, Azanza, Urquijo, Cabarrús, O'Farrill, Mazarredo y Campo-Alange, —sus diplomáticos y representantes en Europa, entre los que por tantos conceptos figuraba el primero el Duque de Frías, los Ministros de Estado de 1808 á 1812—Garay, Saavedra, Hormazas, Bardaxí, Pizarro y Pezuela, —los políticos y oradores como Mejía Lequerica, Argüelles y Valiente, y más en la penumbra Toreno, Martínez de la Rosa y Alcalá-Galiano, los Regentes Blake, Agar y Císcar, el futuro y glorioso Duque de Bailén, el de San Carlos, el Cardinal de Borbón, el Obispo de Orense, Zea-Bermúdez, el Almirante Villavicencio; y desde todos estos, que aparecen en la cumbre, hasta el estrafalario Marqués del Palacio, y el zapatero tribuno Juan Lobato, y el D. Salvador Garzón de Salazar, en cuyas frases no cree el Sr. Villa-Urrutia, y D. Sinfiriano López, el *defensor*

*de la Patria y capitán del pueblo*, sillero de oficio en La Córnuña. Está tratado con mucha extensión cuanto atañe á la venida y estancia en España del Duque de Orléans, en quien los laureles de Jemmapes y de Valmy, aunque ya lejanos, justificaban el ansia de mandar los ejércitos españoles; y encierra no poca novedad cuanto se refiere á la intervención de Wellesley para deshacer los propósitos del Príncipe francés, cuyos indudables talentos y altas cualidades de político sagaz mal se avenían con vegetar en el *dolce far niente*, más ó menos seguro y tranquilo, con que le brindaba la Italia del Mediodía, como á feliz consorte de una Princesa de Sicilia. Estrelláronse, en efecto, aquéllos contra la tenaz y decidida oposición inglesa, fortalecida por la indiferencia española, y de todo trae noticias Villa-Urrutia, nuevas é interesantes, rectificando con frecuencia al Conde de Toreno; así como de la ingerencia británica, igualmente decisiva, para dar al traste con las pretensiones de la Infanta Doña Carlota-Joaquina, la hija mayor de Carlos IV, no obstante la gestión directa del Ministro de Portugal en España D. Pedro de Sousa Holstein, á quien sus señalados servicios, sobre lo elevado de su cuna, convirtieron después allí en Conde y Duque de Palmella. Y á lo uno y lo otro iguala en interés histórico cuanto se relaciona con la mediación inglesa para la pacificación de las Américas, verdadero naufragio de la amistad anglo-española, y en lo que, más que en nada, pesó insistente la poco agradable tutela del aliado y amigo, que lo era entonces del modo que siempre lo es Inglaterra, la Cartago sin Aníbal del gran tribuno contemporáneo; mereciendo más que otra cosa compasión aquellos pobres y asendereados gobernantes nuestros, que entre resignados é impacientes hacían de tripas corazón para sufrirla.

El capítulo que nuestro Embajador en Londres consagra á su antecesor en aquel importante puesto, el libertador de Cádiz Duque de Albuquerque, por fin víctima ilustre, bien prematuramente, de los desafueros y descortesías de la Junta gaditana, es de sumo relieve y abunda en detalles curiosos que por primera vez ha publicado su diligencia; y son de mano maestra los toques descriptivos de lo que fuera la Corte improvisada de José, de su

persona y de su familia, que en tanto grado convidan á la sátira y provocan al regocijo. Porque hay que confesar que todo lo que tiene de grande y de admirable la inverosímil leyenda napoleónica en su aspecto militar y hasta político, ofrece de caracteres cómicos en lo íntimo, con esa familia de pequeños burgueses jugando á Reyes y Príncipes, á Majestades y Altezas, llenos de vanidades y pequeñeces, un sí es no es grotescos. Lo primero es el drama y la tragedia á veces; lo segundo es la comedia y á veces el sainete. M. Frédéric Masson, con todo su indiscutible talento y con todo su culto por el «Hombre», como le dicen los franceses, no ha logrado engrandecer á la Imperial Familia. La misma Mlle. Clary, de acreditados negociantes de Marsella, que su matrimonio hizo después Madame Joseph Bonaparte, y la voluntad omnipotente de su cuñado convirtió en la *Reina Julia*, se nos hace en realidad simpática, porque—como el Sr. Villa-Urrutia observa—era tan apegada á sus deberes de esposa, de madre ó de ama de casa, como á los de Reina absolutamente refractaria. Ni estas Majestades de un rato, ni las llamadas Infantas Zenaida y Carlota, llegan á despertar nuestro interés; todo nos parece cosa de broma, aun sucedido en aquellos instantes trágicos á que Zaragoza y Gerona daban su verdadero carácter.

Por fin, y para no cansaros, he de llamar vuestra atención sobre el capítulo *Cádiz durante el sitio*, donde la *vis* chistosa del Sr. Villa-Urrutia agrupa con habilidad sonriente las variadas cosas y personas que constituyeron aquel espectáculo verdaderamente singular, de la *Taza de Plata* con sus tertulias y sus teatros, con sus naturales y forasteros, con la alegría andaluza y la fiebre amarilla, con sus frailes, sus lechuguinos y voluntarios, sintetizado todo, más que en nada, en la famosa y conocidísima copla:

Con las bombas que tiran  
los fanfarrones,  
hacen las gaditanas  
tirabuzones;

á través de todo lo cual, frívolo, ó ridículo, ó extraño, ó lo que se quiera, hay una cierta indiscutible grandeza, á que no puede sus-

traerse el espíritu del que la lee, como en el trabajo de D. Adolfo de Castro, aun con los defectos y los errores que el Sr. Villa-Urrutia le señala, muy distintamente aparece.

---

No concluye su tomo segundo nuestro autor sin intentar sincerarse, con su espontánea y sencilla elocuencia, de cierto duro cargo que parece le hiciera un culto amigo suyo—verdadero amigo debe de ser cuando así sabe ponerle discretos reparos á sus celebrados escritos,—por aquello de ser el Sr. Villa-Urrutia de los escritores que creen que los personajes históricos no tienen vida privada, aunque me figuro yo que á veces la mayor cercanía de los tiempos puede imponer á la pluma silencios y consideraciones que los muchos siglos pasados hacen inútiles. Y ni que decir tiene que él aplica á su justificación y defensa todo el gracejo que brilla en su palabra hablada ó escrita, que no es por cierto escaso: «¿por qué—dice—pintarlos siempre de punta en blanco y con cara de retrato, aderezados como comediantes en la escena, y no dejar que los veamos sin afeites ni adobos, desaliñados y desengastados, viviendo su vida en cuanto tiene de humana, sujetos, como el común de los mortales, á tentaciones y pasiones, á tropiezos y caídas?»

Ha habido, en efecto, en todo el siglo xix, y aun hay hoy, una cierta escuela de biógrafos é historiadores que buscaban siempre en sus héroes la perfección completa, como si no estuvieran los grandes hombres y las mujeres célebres sujetos como los demás mortales á las debilidades y flaquezas de la descendencia toda de Adán y Eva. El Conde Roselly de Lorgues, en Francia, para demostrar su admiración por el genovés extraordinario, olvidado hasta de Doña Beatriz Enríquez, quiso que hubiera por fuerza un San Cristóbal Colón. Así se encuentra que no era en ciertas épocas posible ser, por ejemplo, admirador de nuestro *Gran Capitán* sin arremeter inexorables contra el Rey *Católico*; ni apasionado de Cisneros sin desacreditar á Carlos V; ni devoto de Don Juan de Austria, el I, sin deprimir y maltratar á Felipe II.



¡Como si no hubiera que colocarse, para emitir un juicio recto y sereno, el que merece la Historia, á igual distancia de los unos y de los otros, sin identificarse jamás el que escribe con las pasiones, ni los amores, ni los intereses, ni los odios de aquel de quien escribe! El Sr. Villa-Urrutia, por naturaleza ó por reflexión, es de los que se identifican poco con sus personajes, y esto le permite una libertad de juicio, que acaso alguna vez se manifieste en forma que dé como cierta razón al amigo suyo de marras.

Que algunas de las heroínas de antaño no resulten de sobra bien tratadas por la pluma del Sr. Villa-Urrutia, porque no les aplique en el trato, que podemos llamar póstumo, la exquisita galantería que tan excelente diplomático como cumplido hombre de mundo guarda con las damas de ahora, sus contemporáneas, no creo yo que sea pecado muy grave, cuando se trate, vamos al decir, de una Madame de Stael, un siglo después de que las ruidosas aventuras de Corina hayan hecho gemir y gemir las prensas, ó de las dos bellezas españolas, que, según él da á entender, se han *colado* en el campo de la Historia tan sólo por *amigas* del Rey José. En lo que sí hay que poner el cuidado más vigilante, sobre todo tratándose de épocas de lucha encarnizada, como fué en todos conceptos la de nuestra guerra de la Independencia—en que se simultaneaban las batallas entre el extranjero invasor con el choque interior de las ideas y de los principios más contrarios, desatadas por ello las pasiones buenas y malas en todos los campos—, es en lo de pasar por el más estrecho tamiz, detenida y escrupulosamente, cuanto quiera aprovecharse en un trabajo serio, de los folletos, periódicos, proclamas, libelos, anónimos, impresos y manuscritos de todo linaje, eco parcial en más de una ocasión de rencores y malquerencias personales, ó fruto vedado de las envidias y de los enconos, que, aun frente á las huestes vencedoras del mayor Capitán de los tiempos modernos, dividieron entonces, como siempre, desgraciadamente, á los españoles.

---

Tal es, á grandes rasgos explicado, el tomo II de la notable obra que acaba de publicar nuestro Embajador en Inglaterra, haciéndonos desear vivamente, y para muy pronto, la publicación del III, que parece será el último, y al que seguramente deberemos igual regalo que á los dos que le habrán precedido, siéndole de fijo la crítica por igual benévola y amable como tan en justicia merecen. Si al mismo tiempo que embargaban su inteligente atención los asiduos trabajos relacionados con el tratado hispano-francés sobre Marruecos, el Sr. Villa-Urrutia ha encontrado medio de dar á la imprenta y al público el tomo en que me ocupo, libre ahora de esas graves tareas, fundadamente podremos esperar para un plazo breve la del que falta.

Del Conde Nigra, diplomático italiano célebre, si no recuerdo mal, es de quien dice el Sr. Villa-Urrutia que es la frase de que ninguno de los de la carrera puede prestar á su país el menor servicio antes de tener cumplidos los sesenta y cinco años: no los tiene aún nuestro amigo, y ya se los ha prestado tan relevantes, como todos sabemos, en Legaciones y Embajadas, no siendo el menor de los que habrá de agradecerle su patria las vigiliass que ha consagrado al estudio concienzudo de su Historia, en diversos trabajos traducidas, y muy singularmente en éste sobre las *Relaciones entre España é Inglaterra durante la guerra de la Independencia*, tan acreedor al más entusiasta aplauso de parte nuestra. Porque hay que convenir, resumiendo, en que tenemos en España un buen historiador más.

Enero 1913.

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT.

---